

Otra vez

EL VIAJE DE NADIA Y SAHAR

Anna Tortajada / Antonio Acebal



Otra vez

EL VIAJE DE NADIA Y SAHAR

Anna Tortajada / Antonio Acebal



Nadia es una niña afgana. Tiene el pelo muy negro, la piel clara y los ojos oscuros. Nadia y su madre Sahar son ahora refugiadas. Han tenido que escapar de Afganistán porque los talibanes han vuelto al poder

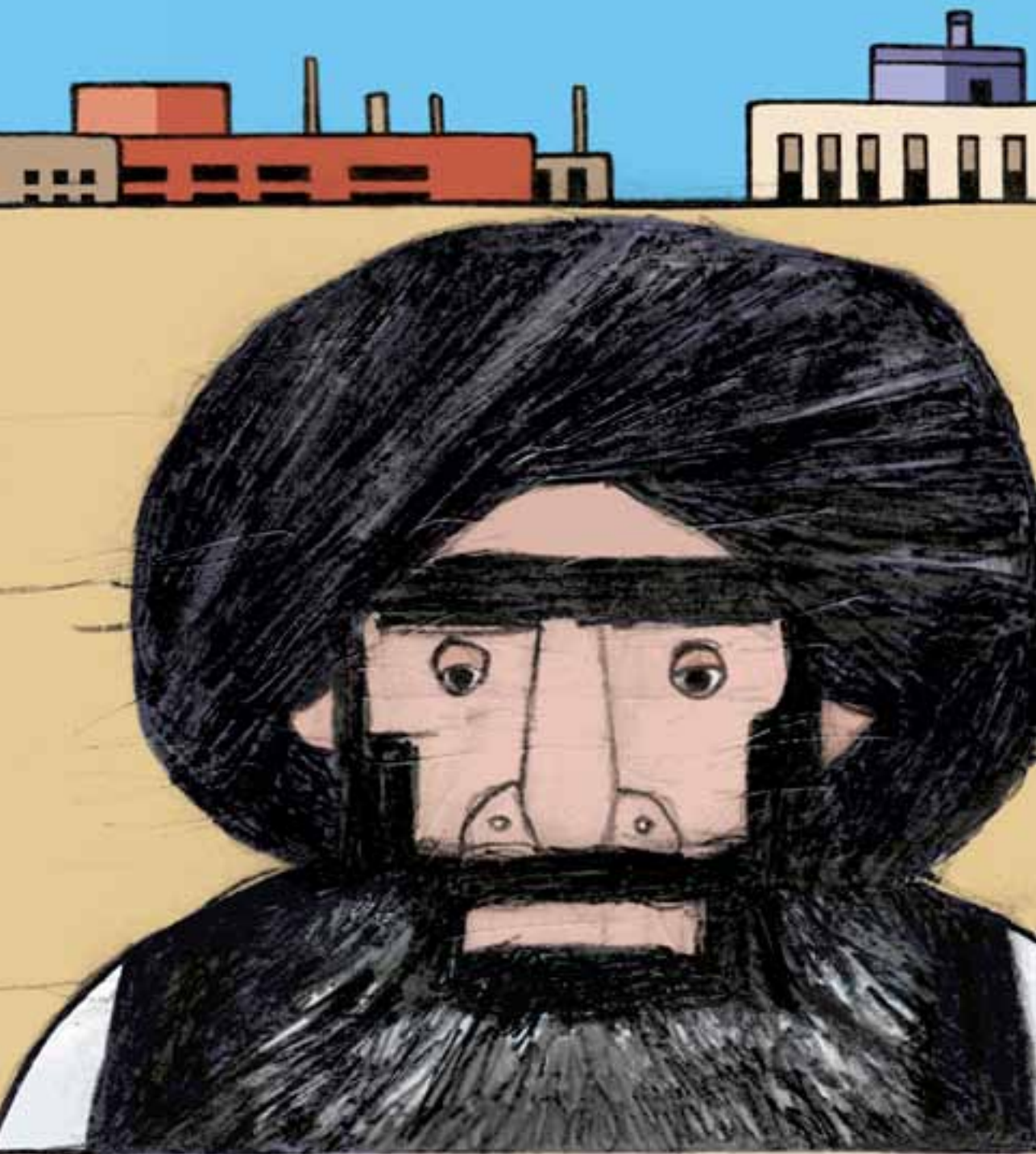




¡Otra vez!

Los talibanes son un grupo armado que aterroriza a todo el país y maltrata sobre todo a las mujeres. A las niñas les prohíben ir a la escuela o hacer deporte. Tampoco podrán ir a la universidad cuando crezcan, ni aprender ningún oficio, porque los talibanes prohíben a las mujeres trabajar fuera de su casa. No las dejan cantar, ni bailar, ni reírse o salir a la calle sin taparse con un burka.





Ahora vuelven a dar palizas a la gente que no les obedece.
Y matan o meten en la cárcel a todos los que no están
de acuerdo con ellos. ¡Otra vez!







Sahar era pequeña cuando ellos empezaron a mandar en Afganistán por primera vez. Tuvo que huir del país con su madre y sus hermanos. Como era pequeña, no entendía muchas cosas. Solo sabía que no podían volver a casa porque era muy peligroso.



Pero de pronto llegaron a Afganistán soldados de muchos países que dicen defender la democracia y los derechos humanos. Todos juntos forman la Comunidad Internacional. Y esos soldados echaron a los talibanes. Sahar pudo volver a Kabul.







Fue al colegio y aprendió a leer y a escribir primero, y otras muchas otras cosas después. Cuando se hizo mayor fue a la universidad, iba a conciertos, al cine y a bailar. Aprendió inglés, se vestía como quería, iba en bicicleta y jugaba al fútbol. Y no se perdió ningún episodio de «Operación triunfo» en la televisión.





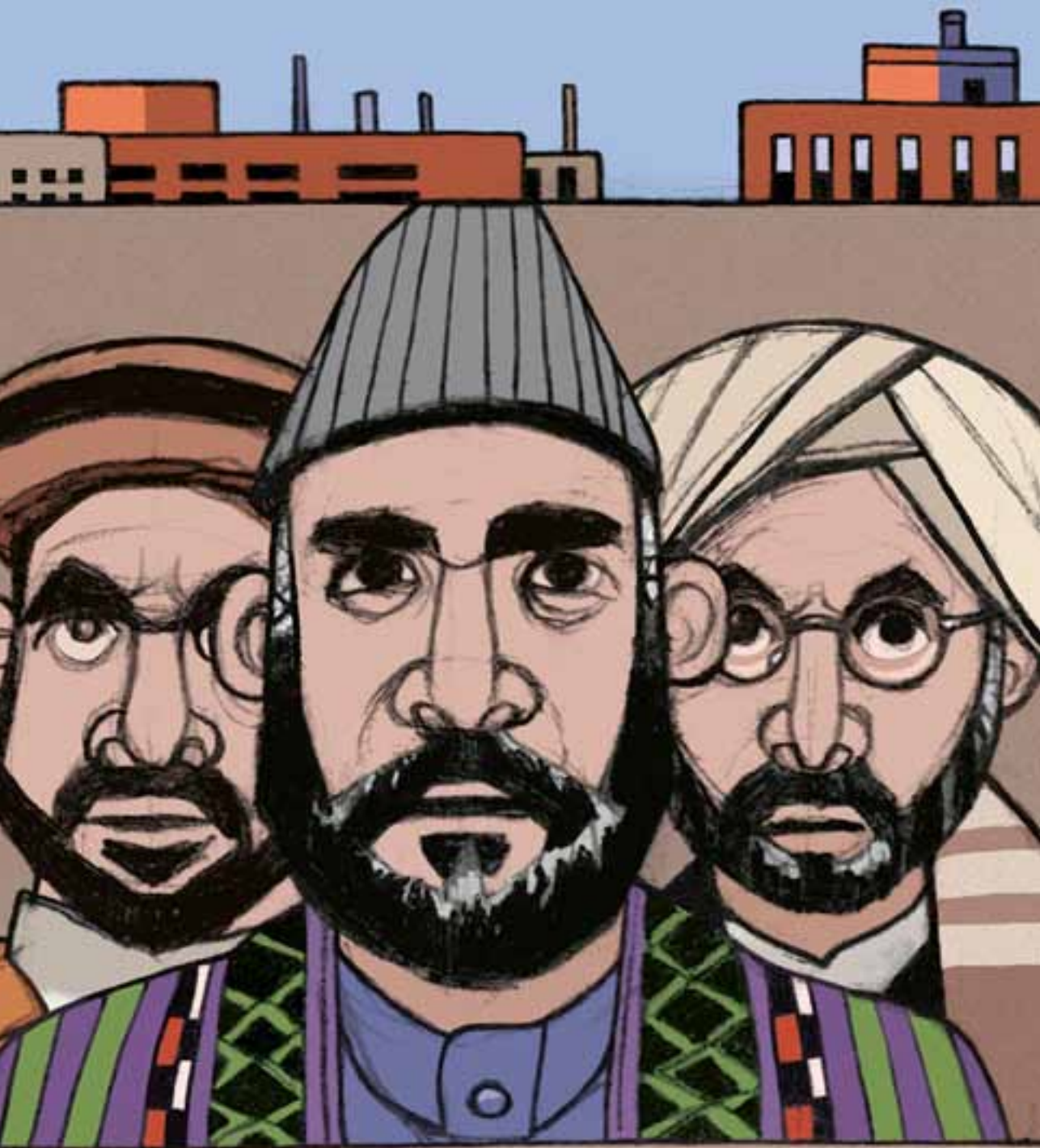


Nadia nació en Kabul. Aunque los talibanes ya no mandaban, no se habían rendido del todo. Seguían poniendo bombas y cometiendo atentados. Y los soldados vigilaban.



Ahora mandaban los señores de la guerra que no eran mejores. Pero a la Comunidad Internacional eso le daba igual, porque los señores de la guerra afganos habían ayudado a los soldados extranjeros en su lucha contra los talibanes. Así que les dieron los mejores puestos en el nuevo gobierno. Y siguieron robando y enriqueciéndose, mientras el país se empobrecía.






Los soldados se quedaron muchos años. A vigilar. Y llegaron muchos otros extranjeros. A ayudar.

Nadia iba al colegio. Su papá trabajaba como traductor para los extranjeros. Su mamá trabajaba en un periódico.







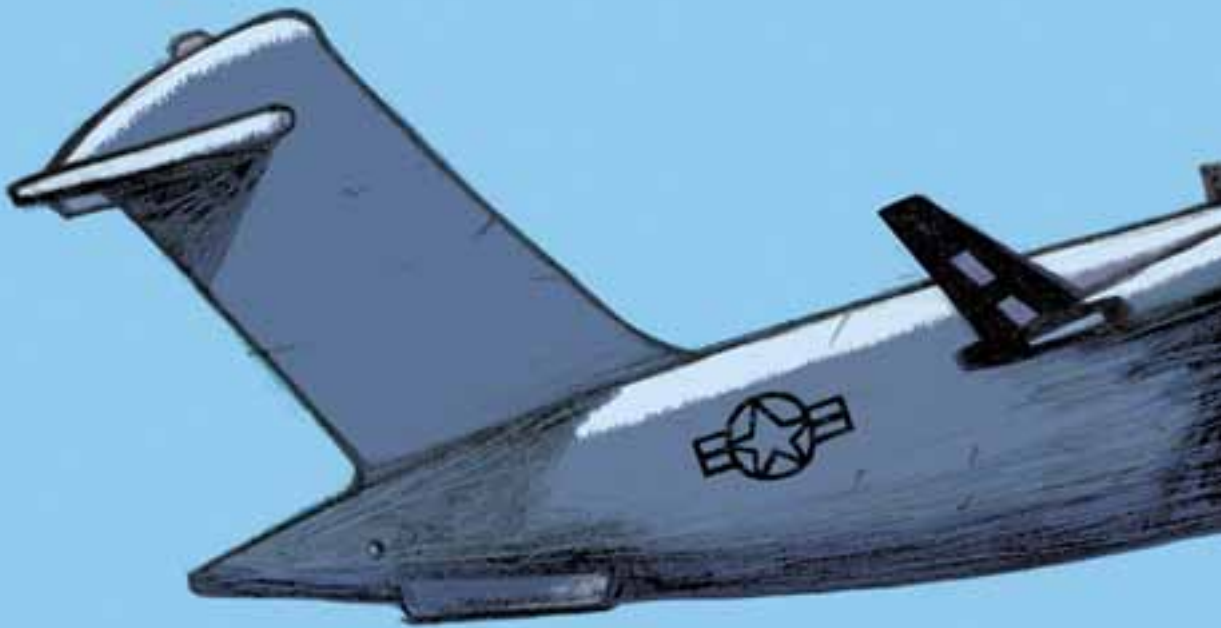
Y entonces, a escondidas de todo el mundo, el gobierno de los Estados Unidos hizo un trato con los talibanes: todos los soldados extranjeros se marcharían y los talibanes podrían mandar en todo el país.

¡Otra vez!

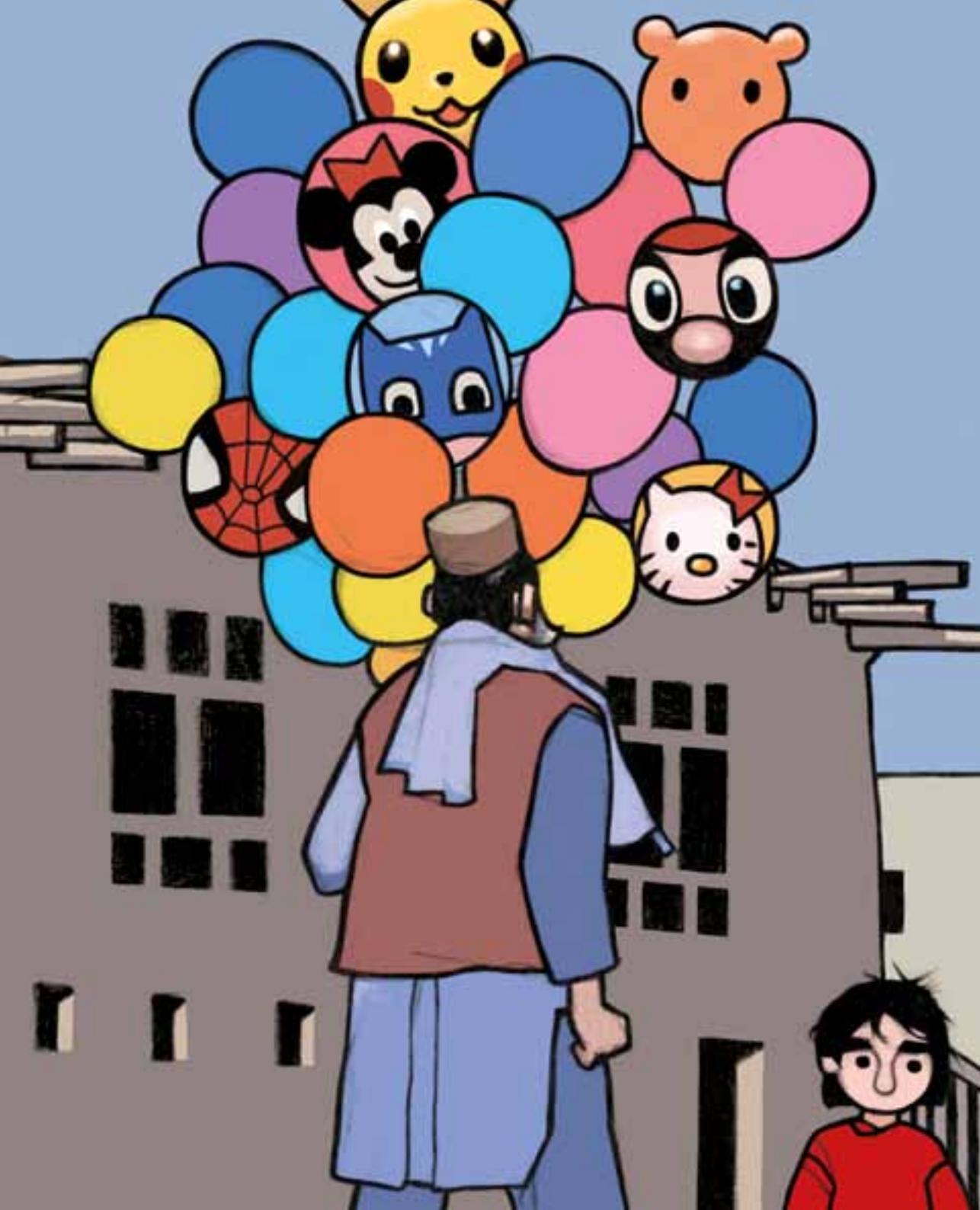


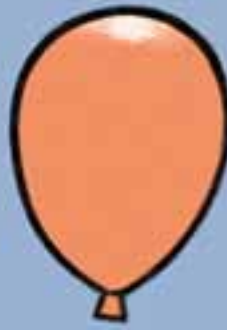
Los señores de la guerra se marcharon los primeros. Los gobiernos de los países que dicen defender la democracia y los derechos humanos cerraron sus embajadas.

Todos los extranjeros abandonaron el país a toda prisa en aviones que solo eran para ellos.









Miles de afganos corrieron al aeropuerto, pero los talibanes no les dejaban entrar. Nadie podía salir. Afganistán se había convertido en una ratonera.





El papá de Nadia desapareció en aquellos primeros días. Sus jefes le habían prometido que podría irse con ellos y llevarse a Sahar y a su hija. Pero no lo hicieron. Y los talibanes se lo llevaron. El jefe de Sahar cerró el periódico y se escondió.



Sahar y sus compañeros también. Todos estaban en las listas de los talibanes. Las patrullas los buscaban por todas partes. Registraban todas las casas y se los llevaban. Así que la familia decidió que Sahar y Nadia tenían que marcharse del país.

Pero ¿cómo?








Día y noche Sahar buscaba ayuda por Twitter y por Whatsapp. Sabía que en muchos países había grupos de gente que ayudaban a familias afganas a conseguir visados en las embajadas de Pakistán y de Irán. Un visado es un permiso para poder viajar a otro país. Toda la familia reunía dinero para pagar el viaje. Nadia tenía miedo. Nadie le explicaba qué estaba pasando. Nadie le decía dónde estaba su papá. Y su mamá no soltaba el móvil.



The image features a dark, starry night sky at the top, filled with numerous small white dots representing stars. Below the sky are several layers of stylized, wavy mountain ranges or hills, rendered in shades of light blue and white, creating a sense of depth and atmospheric perspective. The bottom portion of the image is a solid, dark blue gradient that transitions into a black foreground at the very bottom. Centered in the lower half of the image is a block of white text.

Una noche se subieron a un coche que iba a llevarlas a las dos hasta Pakistán. A la boda de una prima de mamá. Eso tendrían que decir a los talibanes que controlaban todas las carreteras y registraban todos los coches.



Nadia y Sahar consiguieron escapar. Y llegaron a España. Ahora son refugiadas. Están aprendiendo la lengua y las costumbres, Nadia empezará pronto a ir a la escuela.

Sahar espera encontrar un trabajo en algún periódico. O en la radio. Está triste.





Cuando era pequeña los afganos tenían la esperanza de que la Comunidad Internacional de los países democráticos que dicen defender los derechos humanos les ayudaran a librarse de los talibanes. ¡Quién iba a pensar que esa misma Comunidad Internacional les entregaría Afganistán! ¡Otra vez!





Ahora Nadia ya sabe porqué han tenido que escaparse. Su mamá se lo ha contado. Están solas en un país desconocido. No sabe si volverá a ver a su papá. Sahar sufre por su familia. Y por la gente que está escondida y ya no podrá conseguir un visado. Desde que empezó la invasión de Ucrania, no hay más visados para los afganos.





Pero Nadia quiere ser tan valiente como su mamá. Así que cuando empiece a ir al colegio no tendrá miedo.





Primera edición 2022

© texto: Anna Tortajada

© ilustraciones: Antonio Acebal

Edita: Conseyu de la Mocedá del Principáu d'Asturies y Coordinadora de ONGD del Principado de Asturias

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Mas de 20 años han pasado desde que Sahar, la protagonista de este cuento, nos miraba con sus ojos grandes, llenos de ilusión, por asistir por primera vez a la escuela. Veinte años en los que fue forjando su vida, creciendo en años y aspiraciones, creyendo que para las mujeres afganas, de verdad había otro mundo posible.

Pero los países de pasado convulso, abundantes contiendas armadas, tradición religiosa conservadora y mucho intrusismo occidental no suelen albergar un final feliz para las historias personales de quienes viven en ellos.

Afganistán ha acariciado durante los últimos años una ligera mejoría en diversos aspectos, pero tras lo sucedido en 2021 podemos resumir que hemos logrado algo importante: sustituir a los talibán... por los talibán. Cuando conocimos a la pequeña Sahar, nos encariñamos con ella, nos comprometimos con su causa, quisimos justicia y oportunidades para todas las niñas afganas. Hoy, seguimos sin olvidarlas, y aunque parezca que volvemos al punto de partida aun estamos ahí, aun esperamos lo mejor.